POR
EMILIO
S. BELAVAL

dedos mojados en linfa milagrosa de la noche de San Juan.

Gume Pacheco miró profundamente al pobre derrengado que le trajeron desde la cuesta de Juan Martín. El santigüe-
a casi todos
la tierra su-
s jaldas de su
o; conocía las
van desgüe-
n hasta que
ojos en blan-
s fiebres que
o al playero
baldado por
nocía las to-
lespulmonan-
ro hasta que
charco de
aquella vez
antigüero no
ar el mal que
jas lampiño-

misteriosos
üero pueden
le se aloja la
ue tiene que
uerpo. El jí-
e nada más
rtes de paz;
ho, del estó-
cintura. Bas-
es enérgicas

USC UNIVERSIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN

NOTA

Este documento no está disponible en línea. Puede encontrarlo en la Colección de Emilio S. Belaval en la Sala de Información e Investigación en la Biblioteca Madre María Teresa Guevara de la Universidad del Sagrado Corazón.

CUENTOS PARA FOMENTAR EL TURISMO

PARA RAFAEL MONTAÑEZ

SANTIGUÁ DE SANTIGÜERO

EL santigüero tendió el cuerpo del enfermo que había caído derrengado en la cuesta del barrio Juan Martín. Era un jíbaro macuenco, con las cejas lampiñosas, más chumbo que una guajana. Cuando estuvo acostado el enfermo, el curandero se santiguó y le dió la primera santiguá a su paciente:

tro lazos amarillos en el pecho del moribundo.

El santigüero del barrio Juan Martín tenía además del brazo largo, el labio roído por el rezo y el trasluz de una corola de clavellina. Había llevado su santiguada hasta la misma raya del milagro. Mal que cayera en el enredillo cruento de sus dedos, mal que perdía un cuerpo jíbaro. Se llamaba Gume Pacheco; era un viejo flaco, de

para que el paciente desaloje la pulmonía que lo asfixia, el empacho que lo marea o la nefritis que lo retuerce. Pero aquella vez los dedos misterio sos del santigüero no podían desalojar el mal que calcinaba al amarillento. ¿Dónde podría estar el mal que minaba aquella pobre vida estirada en su catre de curandero?